

iglesia al día

★ **¿dónde conecta hoy la escatología cristiana?**

¿dónde conecta hoy la escatología cristiana?*

En los años 60 se creía aún en un futuro color de rosa y casi todos los libros que pronosticaban sobre el año 2.000 estaban llenos de descripciones del maravilloso progreso que estaba por venir. Pero entre tanto la situación ha cambiado mucho. No sólo ha irrumpido el escepticismo respecto a la fe en el progreso, sino que se extiende un cierto sentimiento de decadencia del mundo; muchos libros conjuran imágenes apocalípticas. Independientemente de esta última ola el tema apocalíptico-escatológico hace ya tiempo que se ha hecho central en la *Teología*. La exégesis fue quien comenzó.

Sin embargo, para un observador distante los esfuerzos exegéticos de los últimos 100 años pueden producir la impresión de una guerra casi indefinida, en la que cada uno lucha contra el otro. De hecho se han esgrimido prácticamente todas las posiciones pensables, propagadas por unos y controvertidas por otros. No obstante al menos en un punto ha habido gran coincidencia. Desde que JOHANNES WEISS en su obra "Die Predigt Jesu vom Reich Gottes" ("La predicación de Jesús sobre el Reino de Dios") (1892) subrayó el carácter peculiar de la predicación de Jesús, cada vez se ha ido reconociendo más, desde todas las direcciones, que era propio de esta predicación su carácter *escatológico*.

RUDOLPH BULTMANN escribía en 1939:

"Johannes Weiss no podía entonces valorar el alcance de sus resultados. Hoy es para nosotros evidente el sentido escatológico de la predicación de Jesús, más aún, de toda la predicación cristiana primitiva; la teología sistemática saca las consecuencias de ello. Entonces se estremeció el mundo teológico, y aún me acuer-

* El original además de este artículo ha sido publicado en *Orientierung* 40 (1976) 100-103, N. d. l. R.

do de cómo Julius Kaftan decía en sus lecciones de Dogmática: "Si el Reino de Dios es una magnitud escatológica, éste es para la Dogmática un concepto inservible". Pero a pesar de los numerosos ataques y de los intentos de desviación, la idea adquirida por Johannes Weiss se ha impuesto victoriosamente" (1).

En relación a la escatología la situación teológica apenas ha cambiado desde 1939. HANS URS VON BALTHASAR juzgaba en 1957:

"Si para el liberalismo del s. XIX podía valer la palabra de Troeltsch: "La oficina escatológica está casi siempre cerrada", por el contrario a partir de comienzos de siglo hace horas extraordinarias" (2).

Aunque entre los investigadores y teólogos se discute mucho sobre cómo hay que entender exactamente el carácter escatológico del mensaje cristiano, lo indiscutible es la idea de que Jesús, con su predicación sobre el Reino de Dios que irrumpe, anunció (o quería anunciar) la acción definitiva de Dios en la Historia.

Esta adquisición exegética ha influido desde hace tiempo también en la teología sistemática. Si Bultmann podía referirse a su maestro Julius Kaftan, que no sabía cómo arreglárselas con la Escatología en la Dogmática, sin embargo posteriormente apenas si se encuentran tales teólogos. Todos los recientes esbozos cristológicos, que no se apoyan exclusivamente en formulaciones dogmáticas, sino que se remontan a la Sagrada Escritura, asumen de una u otra manera la escatología. Las diferencias entre teólogos como Karl Barth y Rudolph Bultmann, Hans Urs von Balthasar y Karl Rahner, Jürgen Moltmann y Wolfhart Pannenberg, Walter Kasper y Dietrich Wiederkehr en parte son considerables; sin embargo coinciden en concebir el suceso de Cristo como acontecimiento escatológico (3) y a partir de él trazan sus cristologías.

PERSPECTIVA INDIVIDUAL Y PERSPECTIVA SOCIAL

Aunque el puesto central de la escatología en la teología actual es indiscutible, sin embargo es tanto más problemático qué es lo que propiamente hay que entender por ella y qué experiencias del hombre moderno pueden sentirse interpretadas. Las dificultades no están tanto en la extraña palabra "escatología", que puede ser traducida con bastante exactitud como doctrina de la acción definitiva de Dios; más bien proceden de que el hombre actual generalmente no tiene el sentimiento de estar en lo definitivo. Su experiencia más bien es de moverse continuamente en lo provisional. La psicología y la sociología han descubierto los múltiples factores internos y externos, que determinan la acción humana. Además lo cotidiano muestra hasta la saciedad que el individuo está atrapado por muchas expectativas y coacciones, y que cada vez se encuentra más cogido por las mallas, que se van haciendo más tupidas, de la red de las organizaciones sociales. Entre tanto provisional parece que no queda sitio para lo definitivo.

La teología no ha capitulado ante estas dificultades. HANS URS VON BALTHASAR muestra cómo en la experiencia del *amor* humano hay algo absoluto que llega a expresarse. Desde esta experiencia interpreta la es-

catología como la revelación plena del inconcebible amor de Dios al hombre en el signo del Crucificado. KARL RAHNER expone cómo el hombre en todas sus actividades espirituales *se extiende* a un *horizonte absoluto*. En consecuencia entiende la escatología como el cumplimiento, graciosamente donado por Dios, de este horizonte ilimitado.

Aunque ambos enfoques son importantes e imprescindibles, sin embargo tienen un defecto común: proceden preferentemente de experiencias individuales. Pero la predicación cristiana en su intención primigenia es un acontecimiento *público*. Por ello sólo encuentra su adecuado espacio de comprensión, si puede conectar con una experiencia pública, lo mismo que Jesús en su mensaje echó mano ante todo de la representación política del *Reino*. Wolfhart Pannenberg ha visto agudamente este hecho. Saca la consecuencia de que sólo toda la Historia del Mundo proporciona un adecuado marco de comprensión para el mensaje cristiano universal. Pero puesto que la Historia sólo puede ser en verdad comprendida a partir del final, la teología tiene que ocuparse del final y de lo definitivo. Esto puede hacerlo basándose en la convicción de fe de que *en la muerte de Jesús y en su Resurrección ha acontecido anticipadamente "el fin del mundo"*. Consiguientemente para Pannenberg toda la Teología es Escatología, y con razón la interpreta en el marco de todo el acontecer mundano. Pero su planteamiento tiene un fallo y es que el "sentido de toda la Historia del Mundo" no es algo experimentable para cada uno de los hombres. Por tanto otra vez resulta abstracto hablar de la acción definitiva de Dios.

JÜRGEN MOLTMANN intenta salir al encuentro de esta dificultad. No reflexiona ante todo sobre el conjunto de la Historia del Mundo, sino que con la esperanza incondicional, que marca la conciencia pública moderna, de un futuro intramundano mejor busca un punto de inserción para la escatología cristiana. La cristianización de esta esperanza, que en un primer momento sólo parece como intramundana, sucede según él por la relación con el suceso de la Cruz y Resurrección. Puesto que Jesús fue condenado en nombre de la Ley santa por las autoridades religiosas, fue expulsado del Templo y de la Ciudad Santa y fue ejecutado como subversivo por la autoridad estatal, según Moltmann ya no es el brillo de las coronas o altares el lugar en que Dios puede en verdad ser experimentado. El nos sale al encuentro en los más bajos y marginados. Moltmann deduce de aquí que las autoridades políticas y religiosas han perdido toda legitimación sagrada y que sólo pueden ser legitimadas "desde abajo". Consiguientemente las palabras "socialismo" y "democracia" describen para él, como *símbolos de la liberación del hombre del círculo infernal de la pobreza y de la violencia*, los dominios sociales de experiencia, a partir de los cuales puede ser hoy preferentemente comprendida la acción definitiva de Dios.

Bajo los esbozos teológicos apuntados las reflexiones de Moltmann podían ofrecer los puntos de inserción más apropiados para la comprensión de la escatología, tanto más cuanto que parten de experiencias públicas, que pueden ser abarcadas con la vista. Sin embargo no queda suficientemente claro en Moltmann cómo el socialismo y la democracia, que vistos desde lo cotidiano son fenómenos muy ambiguos, pueden ser símbolo de la acción escatológica de Dios. Hace falta por tanto añadir otras reflexiones. Estas pueden partir de la constatación, en la que están de acuerdo con los teólogos citados prácticamente toda la

teología, a saber, que la escatología no solamente quiere decir las "cosas últimas" (muerte, juicio, cielo, infierno), sino que designa la acción definitiva de Dios, que ya comienza en este mundo. Por tanto, la pregunta decisiva dice así: ¿cómo puede ser percibida la acción de Dios en nuestro mundo? ¿dónde se encuentran los puntos de inserción para que podamos hallar correspondencias entre las experiencias descritas en la Biblia y nuestra vivencia actual?

EL RETO A LA RESPONSABILIDAD

La predicación de Jesús sobre el Reino de Dios y el suceso de la Cruz y Resurrección como etapas decisivas de la acción escatológica de Dios han sido preparadas por la historia veterotestamentaria. Esto sucedió entre otras cosas de este modo: en el curso de su historia Israel, como pueblo escogido de Dios, fue llamado a la responsabilidad de un modo único. Los profetas interpretaron los grandes acontecimientos políticos y la confusión de los pueblos de aquel tiempo no como producto de su destino, de una lucha de dioses, de una casualidad o de una naturaleza humana ciega. Más bien vieron en ello una acción de Dios, que respondía a las obras buenas o malas de su pueblo. Incluso los casos de hambre colectiva no fueron considerados como catástrofes naturales, ante los que los hombres tuvieran que resignarse sombriamente. Los profetas, también ante tales acontecimientos, apuntaron al fallo del pueblo (cf. Jer 14,1-9; Joel 1,1-20; Amos 4,6-7; 7,1-3). La voluntad de llamar a los hombres a la responsabilidad era tan radical en la predicación profético-escatológica que incluso la muerte, que para una sensibilidad espontánea parece con más fuerza como un destino necesario por naturaleza, lo cargaban a la cuenta de la responsabilidad humana. Israel comprendía la muerte como un fruto del pecado (es decir, la muerte con su experiencia de soledad y miedo, y no necesariamente la muerte como final biológico de la vida).

Jesús, con su predicación del Reino que irrumpe, prolongó la línea profética del A.T. Su reto a la responsabilidad humana —por ejemplo, en las bienaventuranzas y en las exigencias del Sermón del Monte— fue más decidido aún que el de los profetas. Mostró cómo el hombre tiene que confiar plenamente en Dios, puesto que todo bien viene de él, y cómo no puede resignarse ante el mal, puesto que éste procede de los malos pensamientos del propio corazón. No queda ni el menor sitio para un destino ciego o un suceso puramente natural.

Lo sorprendente de la situación actual del mundo consiste en que precisamente de ella procede un gran reto dirigido a los hombres. Independientemente de la predicación cristiana el hombre es llamado a una decisión de un modo hasta ahora desconocido. MESAROVIC y PESTEL, por ejemplo, escriben en su segundo informe al Club de Roma:

"En este momento de la Historia estamos ante una situación de decisión sin precedentes. Por primera vez desde que el hombre existe es desafiado a decidirse ante lo que se puede hacer y comprometerse con lo que su moral y su responsabilidad exigen de él para todas las generaciones" (4).

También HERBERT GRUHL en su obra "Ein Planet wird geplündert" ("Un planeta saqueado"), que se vende actualmente como un "bestse-

ller", habla del "reto de una situación de la Historia del Mundo, que hasta ahora nunca la ha habido, desde que los hombres viven en este planeta" (5). Se podrían amontonar todos los juicios semejantes que se quisiera. No se puede suponer de ningún modo que la llamada de la escatología judeo-cristiana y el reto de la actual situación del mundo sean esencialmente idénticos. Sin embargo, se puede constatar que la predicación judeo-cristiana encuentra en la situación actual del mundo al menos una correspondencia formal, en cuanto que ambas llaman a los hombres a la decisión del modo más intenso. Incluso se puede mostrar por un análisis detallado que el reto de la actual "situación de decisión sin precedentes" es un fruto indirecto (y no querido) de la predicación cristiana (6).

ABRUMADOS POR LA TAREA

Si se escucha honradamente la predicación profético-escatológica y las exigencias del Sermón del Monte, y si al mismo tiempo se valoran "realistamente" las posibilidades de la libertad humana, necesariamente se tiene la impresión de que al hombre se le pide demasiado, sin salvación. Si no se vive absorbido por el hoy y si no se contenta uno con unos cuantos "slogans", sino que se tienen en cuenta el rumbo a largo plazo de la moderna sociedad industrial y se pone uno la moderna problemática, nos abruma la impresión opresiva de que la tarea que hay que llevar a cabo supera con mucho las fuerzas de los hombres.

En la revista "Orientierung" hemos entrado muchas veces en los análisis de IVAN ILLICH, el cual muestra los *límites sociales* de la fe en el progreso y a partir de ahí llega a una crítica acerba a la sociedad industrial. Además hemos presentado la problemática que el Club de Roma ha puesto sobre el tapete en torno a los *límites comerciales* de nuestra sociedad. Igualmente hemos hablado varias veces de la problemática del subdesarrollo. Finalmente hemos tratado brevemente de las amenazas que se siguen de la espiral de armamentos, hecha posible por la sociedad industrial. Estos análisis críticos han llevado en cada caso a un resultado semejante: lo que con visión dilatada se muestra como necesario para la supervivencia de un gran número de hombres exige tanto que políticamente resulta irreal.

La predicación escatológica y la llamada que procede de la actual situación del mundo tiene también esto en común: parece que a los hombres se les exige demasiado. Por ello ambas están en fuerte oposición al liberalismo del s. XIX, el cual pensaba que el bien común de los hombres resulta automáticamente de que cada uno se preocupe de sus propios intereses. Podemos dejar aquí abierta la cuestión de si la tarea que hoy hay que realizar puede ser descrita del mejor modo por la palabra socialismo, como piensa Jürgen Moltmann. En todo caso es ineludible, como muestra Herbert Gruhl, un "giro planetario" (7); ALVIN TOFFLER continúa acertadamente: "No podemos permitir que se tomen a la ligera, sin reflexión y sin plan, decisiones de tal importancia que pueden conmover al mundo. Dejar que las cosas sigan su curso significa cometer un suicidio colectivo" (8).

Ante esta gran llamada a la libertad humana en algunos círculos responsables se tiene cada vez más la impresión de que no se puede contar por más tiempo con la buena voluntad. Por el contrario, los

hombres tendrían que verse forzados a obrar lo que es recto. Las democracias estarían en su curva descendente. El futuro —si es que lo hay— pertenecería a la dictadura. Gruhl, diputado de la CDU (Unión de la Democracia Cristiana) en el “Bundestag”, escribe casi cínicamente:

“El ruido, que en torno a la palabra “libertad” desde hace décadas se ha organizado a lo ancho del mundo, es la mejor prueba de que el desarrollo va en la otra dirección. (Los hombres hablan siempre preferentemente de lo que no tienen)” (9).

A la vista de tales tendencias por lo menos hay que preguntarse si efectivamente las dictaduras tienen más visión del futuro que las democracias. Si es cierto que los gobernantes de las democracias se inclinan a mirar la mayoría de las veces hacia el momentáneo favor de las masas, también es verdad que los dictadores normalmente van a la caza de éxitos a corto plazo. Forzar soluciones por el camino dictatorial significaría además abandonar de nuevo conquistas decisivas del mundo occidental (y cristiano). Cuando Moltmann dice que el compromiso por la democracia es un signo de la presencia escatológica de Dios en el mundo, esta afirmación se muestra más profunda de lo que parecería a primera vista. Por más que la democracia responda al deseo espontáneo de la mayoría y esté de acuerdo con las corrientes de la época, a más largo plazo es una empresa muy difícil. A la larga sólo es realizable, si es impulsada por una voluntad *incondicional* de respeto a los hombres y a sus puntos de vista, aun en el caso de que parezcan obrar ciega y masivamente. Pero para que se dé esta voluntad hace falta *respeto* a cada hombre, un respeto que *en último término sólo puede tener un fundamento religioso*.

Si para el cristiano la dictadura no es un medio responsable de superar las excesivas exigencias que impone la actual situación del mundo, se hace más acuciante preguntar qué otra salida queda. En el N.T. se soluciona el problema de las exigencias excesivas, porque todo deber se funda en un don ya recibido. Las grandes exigencias de Jesús no llevan a un moralismo mortífero, porque no se presentan como valores por sí mismas, sino como respuesta al amor de Dios que salva, ayuda y perdona. De un modo particularmente significativa el amor de Dios poderoso y solícito se muestra en los milagros. El significado permanente de estos milagros está en que Jesús dió a sus discípulos el encargo de que ellos hicieran obras semejantes (Mt 10,8; Mc 3,14; 16,17-18; Lc 9,2; Jn 14,12). El creyente no se ve abandonado a sus propias fuerzas. Se le promete un poder maravilloso: “Al que cree todo le es posible” (Mc 9,23; cf. Mt 21,22; Mc 11,24).

Se objetará que esta verdad espiritual quizás pueda marcar la vida interior de algunos cristianos, pero que sería casi irrisorio aducirla en relación a los grandes problemas del mundo. Sin embargo ¿es esto tan seguro? ¿No consiste la miseria de nuestra actual situación en que las verdades espirituales y las políticas están totalmente separadas unas de otras? Queramos o no el actual estado del mundo nos coloca ante una situación única de decisión. Pero no podemos dominarla, si —como se dice hoy frecuentemente— no tenemos “valor para la utopía” (10). Ahora bien, una utopía sólo es una utopía real y algo más que una

palabra vacía, cuando está sostenida por una fe incondicional. Podemos dejar ahora abierta la cuestión de si esta fe tiene que ser expresamente una fe religiosa. En todo caso se exigen decisiones que arriesgan obras atrevidas, más allá de los llamados cálculos "realistas". Por consiguiente también se da una cierta correspondencia entre la escatología cristiana y la situación actual del mundo, en cuanto que ambas exigen una fe incondicional.

Por otra parte hay ciertos indicios que permiten valorar el significado de una fe incondicional de un modo distinto a como lo hacía la época racionalista. Los fenómenos investigados por la parapsicología actual permiten al menos sospechar que en el hombre duermen muchas fuerzas ocultas. Tales fuerzas podrían actuar en el hombre sin plan y causando perturbaciones, si no las suscitara y las dirigiera a su término una fe incondicional. El reto externo puede quizás llevar a movilizar y hacer fructificar insospechadas energías internas.

FRACASO Y RESURRECCION

Los profetas en su predicación al pueblo de Israel generalmente no tuvieron gran éxito. Jesús —vistas las cosas externamente— también fracasó en su predicación escatológica. Hoy no es necesario ser profeta para prever que mucho de lo que hay que hacer se malogrará. Esta sobria visión no incluye una retractación de lo dicho. La fe que todo lo puede no sueña con un paraíso terrenal. Más bien cuenta con el fracaso. Pero hay una diferencia fundamental entre la sabiduría casera, para la que no hay nada nuevo bajo el sol, que siempre tiene previstos todos los males y que por ello se deja llevar por el camino trillado, y una fe que conoce el posible fracaso y sin embargo se atreve a todo.

Una fe incondicional a la larga sólo puede preservarse de la resignación o el fatalismo, si soluciona la cuestión del fracaso. Cómo conseguirlo será siempre en último término la obra más estrictamente personal de cada uno. Pero, en este contexto, a un cristiano se le impone necesariamente la cuestión de la Cruz y Resurrección, que son los acontecimientos escatológicos más centrales. La fe cristiana no es una fe urdida con sueños, sino una fe que precisamente a través del fracaso es capaz de percibir la acción definitiva de Dios y en ella —como muestra repetidamente H. U. von Balthasar— el amor inconcebible de Dios. El verdadero conocimiento de la obra escatológica de Dios acontece a través de la Cruz y de la muerte. Únicamente en la Resurrección y en la vida eterna con Dios se puede experimentar y "gustar" con toda verdad la vida y la obra de Dios. Sin embargo, esta fe en la Resurrección es algo totalmente distinto de un mero consolarse con algo que ha de venir. Es también ya una fuente de esperanza ante el fracaso que amenaza en esta vida. La esperanza fundada en la Cruz y Resurrección de Cristo hace posible, aun en este mundo, mucho de verdad y de bien, que sin esta esperanza sería imposible.

N O T A S

- (1) RUDOLPH BULTMANN, *Theologische Blätter* 18 (1939) 242-246.
- (2) H. U. von BALTHASAR, *Eschatologie*, en: *Fragen der Theologie heute*, editado por J. Feiner y otros, Benzinger Verlag 1957, p. 403.
- (3) "Sobre la dimensión escatológica de la teología actual" véase una buena visión de conjunto, aunque breve y resumida, en: G. GRESHAKE, G. LOHFINK, *Naherwartung - Auferstehung - Unsterblichkeit*, Herder Verlag 1957. Una elaboración sistemática de la cuestión escatológica partiendo del estado de la reciente investigación, la ofrece: DIETRICH WIEDERKEHR, *Perspektiven der Eschatologie*, Benzinger Verlag 1974.
- (4) MIHAILO MESAROVIC, EDUARD PESTEL, *Menschheit am Wendepunkt*, dva 1974, p. 132.
- (5) HERBERT GRUHL, *Ein Planet wird geplündert*, S. Fischer Verlag 1975, p. 11.
- (6) Cf. R. SCHWAGER, *Glaube, der die Welt verwandelt*, Matthias-Grünwald-Verlag 1976, p. 107-155.
- (7) Véase nota 5, p. 225-340.
- (8) ALVIN TOFFLER, *Der Zukunftsschock*, Scherz Verlag 1970, p. 356.
- (9) Véase nota 5, p. 289.
- (10) GEORG PIGHT, *Mut zur Utopie*, Piper Verlag 1969; cf. ALFONS AUER, *Utopie - Technologie - Lebensqualität*, Benzinger Verlag 1976.